

Mala es la guerra con uno mismo, ¿de alguna fe en pos? Tan sólo creía en Dios el incrédulo Unamuno.

Gran Vasco. Español. Reúno en mí sus contras y pros. Me están convirtiendo en dos a riesgo de ser ninguno.

Vivo en una recatada Bilbao interior sitiada por el vasco neanderthal.

Mi sitio es el del artista... Con un abuelo carlista y otro abuelo liberal.

La cultura oficiosa, la que va por libre, sigue siendo la más rica y compleja, por más que sus creadores se sientan desperdigados y sin posibilidad de influir en la superestructura oficial. Como mínimos pero interesantes núcleos de aglutinación pueden citarse El Sitio (presidente: G. San Juan), la Asociación de Escritores Vascos o Euskal Idazleen Elkarte (presidente: A. Letxundi), Ateneo Guipuzcoano (presidente: J. Caro Baroja), el movimiento de la Facultad de Filosofía de Zorroaga (F. Savater, Oscar Pin, etcétera) y supongo otros todavía más mínimos que desconozco.

Los planteamientos simplistas quieren reducir el problema cultural a un enfrentamiento idiomático vasco-castellano sin atreverse a asumir el enfrentamiento universal entre las fuerzas progresivas y las arcaizantes, que aspiran a modelos de sociedad muy diferentes con independencia del idioma en que se expresen. Excepcionalmente hay palabras de hombres públicos que uno suscribiría (bilingüismo, convivencia, igualdad, respeto mutuo, futuro), como las pronunciadas por el lendakari Karlos Garaicoetxea en la entrega de los últimos Premios

Nacionales de Euskadi; mas, por desgracia, no se reflejan en la práctica cotidiana. El panorama no es muy optimista; la marcha hacia el propio ombligo como ente sublime y unívoco parece inexorable. Así es que uno se refugia en lo suyo, en la novela, en un trabajo (sólo trabaja el que no sirve para otra cosa), de tipo cultural que, para la inmensa mayoría, es lo que menos importa. Peor para la inmensa mayoría.

¹ *Narrativa vasca actual. Antología y polémica.* Pablo Antón, Jorge G. Aranguren, Carlos Aurteneche, Rapha Bilbao, Angel García Ronda, Raúl Guerra Garrido, José Luis Merino, Ramiro Pinilla y Martín de Ugalde (Zero-Zyx, 1979).

² *Zergatik Panpox*, de Arantza Urretavizcaya (Hordago); *Etiopia*, de Bernardo Atxaga (Pott); *Ehun metro*, de Ramón Saizarbitoria (Kriselu); *Gauzetan*, de Koldo Izaguirre (Ustela saila), entre otros títulos y autores como Angel Lertxundi, etc.

REPRESENTACIONES COLECTIVAS Y CONVIVENCIA

Julio Caro Baroja

Hay que reconocer que la convivencia en ciertas partes del País Vasco, sobre todo de Guipúzcoa, no es un hecho que se observe que se desarrolle de modo satisfactorio. Las razones de esta falta de armonía, hoy, son de tipo político casi exclusivamente y se expresan también por vías políticas, en asambleas, manifestaciones, mítines, sesiones municipales, tumultos y algaradas violentas. Existe, en primer lugar, una masa de la población que en términos absolutos, no está de acuerdo con aquel famoso «consenso» que se aceptó hace años con alegría, y esta moda hace todo lo posible para anular sus efec-

tos. Pero a comienzos de 1984 se nota, también, que los partidos mayores (el PNV y el PSOE) andan muy desavenidos entre sí y que se repiten situaciones de hostilidad que se dieron durante la República, antes de la guerra del 36: hace ya casi la friolera de cincuenta años.

La repetición —se nos dirá— es de fondo y corresponde a los «ideales» de los partidos en cuestión. Esto de los «ideales» y de la «ideología» es cosa grave y nadie puede dudar de que en ella está la base de la división por partidos en todo estado democrático: también la causa de divi-

...otro proceso pernicioso, que es el de formar una imagen o representación colectiva del *otro* o de los *otros GRUPOS*, cargada de rasgos negativos y desagradables.

siones internas y escisiones de los mismos partidos. Otro elemento con el que hay que contar en la vida pública.

Pero, de una forma u otra, por esta o aquella razón, lo cierto es que hay zonas del País Vasco que viven en un estado de tensión constante, de hostilidad hacia enemigos internos y externos, de agresiones y violencias físicas unidas, eso sí, a envidiables ganas de comer y beber. Estamos en guerra —se oye decir a algún joven—. Sí; en guerra con horarios que parecen reglamentados por el chiquiteo y otras actividades que deben ser superiores a la guerra y a la ideología.

Guerra intermitente, guerra peregrina. No como la que buscaban los cosacos del Dnieper después de una hermosa borrachera, para defender la ortodoxia y humillar a los polacos católicos y a los judíos, enemigos de su Fe, según cuenta Gogol en «Taras Bulba». Nuestro país no es un país de grandes estepas y de grandes ríos; pero la juventud puede ser un poco «tarasbulbiana» por otras razones, utilizando también el alcohol para apoyarlas e invocando principios ideológicos sacrosantos, para armar sus tumultos más o menos alarmantes y a hora fija.

Desde la más ínfima taberna de suburbio o «barrio dormitorio», al caserío más idílico (en apariencia, sólo en apariencia) pasando por la confitería y la Universidad (otros

dos extremos en la vida social del país, uno en refinamiento, otro en destartalo), las pegatinas se repiten, el *slogan* se reproduce, el «concepto» corre, siempre igual a sí mismo. No busquemos algo individual en la expresión. Todos sabemos que el simbolismo político tiene que ajustarse a un principio de «socialización». En la propaganda comercial pasa lo mismo y ésta da la pauta.

Pero parémonos a reflexionar. Una cosa es que la juventud, guiada por la propaganda, adopte una moda, consuma una bebida o baile de éste u otro modo y otra cosa es que, por obra de propaganda también, se dedique a alterar la vida cotidiana... y aún a más. Existen varios pueblos de Guipúzcoa, no hay por qué nombrarlos, en los que se ha roto la convivencia y las gentes se odian entre sí de modo chocante... Lo mismo hombres que mujeres. ¿Por ideología? ¿No será más bien por simbología? Una idea en su acepción etimológica, es lo mismo que imagen. Pero hay imágenes e imágenes y parece que no es de la misma clase la que podemos tener de un objeto que vemos con nuestros propios ojos, que la que nos formamos por otra vía distinta a la visual. En relación con la imagen visual ya suele haber discrepancias. Un hombre puede enamorarse de una mujer que a otro hombre no le guste nada. Pero cuando se trata de imágenes o representaciones colectivas de otra índole, la discrepancia puede ser total y los acuerdos o desa-

cuertos traen consecuencias terroríficas cuando se trata de representaciones colectivas religiosas o políticas.

Los políticos adoptaron del vocabulario religioso la palabra «correligionario»: del que profesa la misma religión se pasó a pensar en el que profesa la misma Fe política. En que tiene el mismo Credo, en suma. La palabra es expresión de algo que en sí es neutro; pero que puede resultar siempre peligroso: cuando la Fe de los correligionarios les lleva a no aceptar la existencia normal de otros. Esto ocurre ahora en ciertas partes del País Vasco y, a mi juicio, ocurre más cuanto más elementales, sencillas y poco matizadas son las imágenes o representaciones colectivas que se tienen del propio grupo y de los grupos enemigos. El grupo político siempre se funda sobre la idea de su mayor bondad. Lo mismo el de izquierda que el de derecha. En ello ya puede haber algo de «idealización», de elevación de la realidad a un plano fantástico: el del «perfecto...» lo que sea. Pero esto en sí, aunque no sea malo, va unido a otro proceso de efectos perniciosos, que es el de formar una imagen o representación colectiva del *otro* o de los *otros* grupos, cargada de rasgos negativos y desagradables. Y esto es lo que trae al punto el deseo de violencia. Siempre igual a sí mismo: lo mismo cuando los cristianos atacaban a los moros al grito de Santiago y cierra España, que cuando el beodo cosaco del Dnieper después de su magna borrachera atacaba a los turcos o los tártaros o incendiaba los monasterios católicos de los polacos. Yo soy el representante de lo Bello, lo Justo y lo Verdadero. Tú representas lo Feo, lo Injusto y lo Falso.

¿A qué pedir más? En «nuestra Democracia» el pensamiento, trágico pensamiento, se repite, no oponiendo a cristianos, moros, judíos, paganos, etc., sino a modestos vecinos de barriadas, porque discrepan o no «comulgan» en el mismo Credo político. Otra palabra de origen religioso. Otra palabra rebajada en su acepción, la de «comulgar». Parece que el hombre actual podría tener más datos e informaciones que los hombres del pasado para no creer en bondades y maldades absolutas: para no «comulgar con ruedas de molino». Pero no. En un pueblo con escuelas, institutos, fábricas, medios de comunicación de todas clases (televisores, radios y mil artefactos más) puede haber gen-

tes que tengan una imagen, una representación colectiva de algo cercano que sea comparable a la que tenía un cristiano del siglo XII de un musulmán, o viceversa. No olvidemos que aún a fines del siglo XIX había por aquí gente que creía que los protestantes tenían rabo... ¡Pero qué imágenes de España y de lo español andan por calles y plazuelas! ¡Qué idea de Madrid! ¡Qué visiones de *los otros* en general! Nos reíamos de los campesinos antiguos por algunas opiniones que tenían respecto a los hombres de ciudad, la técnica, etc. Pero ahora resulta que «representaciones colectivas» tan toscas, elementales y polarizadas se propagan, como he indicado, hasta en las universidades y

tienen como consecuencia esta forma salvaje que ha adoptado la vida social.

¿Qué hacer? Se dice desde antiguo que el problema fundamental de España es un problema de Educación. Muy bien: ¿Pero quién va a educar a los educadores, cuando parte de estos es la primera en estar dominada por las representaciones colectivas más burdas, por las imágenes del exterior más falsas, por la propaganda más tosca e ininteligible?

Pagamos ahora años de estolidez y cerrazón. Pero la factura es demasiado fuerte y la amenaza de quiebra ahí está.

Leviatán, Extraordinario, FEBRERO 1984